



RECUERDOS Y DEVENIRES

Mario Valdivia V.

**RECUERDOS
Y DEVENIRES**

Mario Valdivia V.

RECUERDOS Y DEVENIRES

© Mario Valdivia, 2021

© Pehoé ediciones, julio 2021

Pehoé ediciones

San Sebastián 2957, Las Condes

Santiago de Chile

ISBN Edición impresa: 978-956-6131-12-0

ISBN Edición digital: 978-956-6131-08-3

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

La reproducción total o parcial de este libro queda prohibida, salvo que se cuente con la autorización del editor.

**RECUERDOS
Y DEVENIRES**

Mario Valdivia V.

RAÍCES EN CHILE VIEJO

*La tierra de los zorzales
y de los rojos copihues.
Con su cordillera blanca,
pucha que es linda mi tierra.
No hay otra que se le iguale
aunque la busquen con vela.
Chile, Chile lindo.*

(Clara Solovera, "Chile lindo")

*El orden social se mantiene en Chile
por el peso de la noche y porque no
tenemos hombres sutiles, hábiles y
quisquillosos: la tendencia casi general
de la masa al reposo es la garantía
de la tranquilidad pública.*

*(Diego Portales, Carta a Joaquín
Tocornal, julio 16, 1832)*

PLANTILLAS

Se salía por la pieza del lavado hacia la parte de atrás de la casa. Me acuerdo como si fuera hoy. Era una sala con tinajas y mesones. Había un leve picor ácido, especialmente en los días de invierno cuando se mantenían las puertas y ventanas cerradas. En el centro, sobre un brasero crepitante, había planchas de fierro fundido tomando calor. Por el camino ripiado se caminaba hacia el sur orillando un canal a mano derecha. En algunos lugares se podía escuchar el agua corriendo. Al lado izquierdo, un poco más adelante, hileras de sábanas blancas ondeaban con el viento frío del sur. Cuando conocí las embarcaciones a vela años más tarde, y cada vez que veo alguna, recuerdo el aparejo de esas sábanas hinchadas secándose al aire.

Dos paltos de gran altura al costado derecho y un portón de madera siempre abierto marcaban el final del camino. A pocos metros estaba el gran galpón de paredes de adobe, en parte entabladas. Lo que más sobresalía era el extendido techo de tejas, que los años y los terremotos habían inclinado y torcido en ángulos caprichosos. En cuanto me acercaba al corredor del poniente podía oír el golpeteo opaco que me era tan familiar. El ritmo pausado y fluido, nunca exactamente a tiempo, y el toque aéreo, podían pertenecer a una acción humana o al comportamiento de algún animal. Incluso leves ráfagas de viento podían producir sonidos rítmicos como ése al mover alguna tabla suelta de la pared. Me encontré mucho más tarde con esa misma sonoridad alada y casi a tiempo en un

reloj de agua japonés, conservado en un antiguo templo en Kioto.

Yo sabía, por supuesto, que se trataba del maestro carrocerero. Me detenía a oírlo, oculto, antes de entrar a su espacio de trabajo, esa tierra en la cual lo natural, lo humano y lo animal podían ser lo mismo. Ahí me quedaba en silencio, en ocasiones durante un rato largo, embelesado por el paso del tiempo, dejado atrás y avanzando, marcado por el ritmo del golpeteo del artesano.

¿Cómo saber si estas reflexiones no son más que agregados de los años y no recuerdos legítimos del pasado? No estoy seguro, pero me inclina a aceptarlas como evocaciones genuinas la confianza que tengo en mi memoria. Si la someto a prueba, triunfa con distinción con el nombre y el apellido del carrocerero -Samuel Otárola-, del albañil -Abraham Rodríguez-, del encargado de la lechería y quesería -Manuel Sandoval- y del apicultor -Emilio Quiroz-, así como con los apellidos del herrero -Barra-, del encargado de la obra de ladrillos y tejas -Rivas-, con el nombre del carpintero -Marcos- y del encargado de la caballeriza -Domingo.

Era una hacienda grande, ubicada en tierras que habían sido de frontera. Todos esos artesanos, y otros de los que no me acuerdo, pertenecían a ella. Dedicados exclusivamente a sus especialidades, eran remunerados en gran parte con tierras concedidas al uso de sus familias.

Samuel Otárola trabajaba, solo, en el corredor poniente del galpón del sur. Sin ayuda producía las carretas que eran el medio de transporte de carga fundamental de la hacienda. Su aspecto era el de un patriarca de la Biblia. Excesivamente parecido, en realidad; para mí era una encarnación personificada de Abraham, Isaac o Jacob. En algún momento pensé en San José, por la carpintería. Sin

embargo, el hecho que el viejo artesano no fuera carpintero en general, sino exclusivamente carroceros, fue quizá la razón por la cual los patriarcas del Viejo Testamento terminaron por parecerme modelos más adecuados del artesano.

Yo tenía pocos años. Posiblemente no había entrado todavía al colegio. ¿De dónde salían esas imágenes bíblicas que llenaban mi imaginación? Mi familia no era especialmente religiosa. Deben haber flotado en el ambiente, inevitables, arrastradas en los corredores por los ecos de conversaciones, o bien ilustradas en viejos cuadros oscuros de marcos hondos que colgaban aquí y allá. Lo más llamativo del aspecto del maestro carroceros era la gran barba blanca que le cubría la cara cayéndole hasta el pecho, y la completa calvicie de la parte alta de la cabeza. Sentado, solo, con la masa de una rueda entre las rodillas, produciendo a formón los calados en los que se insertarían los rayos, el viejo llenaba todo el espacio a su alrededor.

Una rueda de carreta hecha de madera es una obra de arte. Obviamente. Lo digo hoy, pero ya en ese tiempo me fascinaba ver trabajar al maestro Samuel, y me acostumbré a visitarlo tarde en las mañanas. Me saludaba con una mirada breve y un murmullo, nada más. No recuerdo que me haya dirigido nunca la palabra. A la hora de doce, como era reconocido el mediodía por todos, la sombra del alero caía a plomo sobre el piso de tierra. El calor aumentaba con rapidez, así que me ubicaba en un lugar protegido del corredor, donde se podía gozar un poco de frescura. Paralelo a la línea de la oscuridad, a pocos centímetros de ella, un leve surco de piedrecillas brillantes, recordaba dónde caían los chorros de agua del techo en el invierno.

El trabajo comenzaba con un trozo de tronco de acacia. Imagino que podrían servir otras maderas, las que, en todo

caso, debían ser especialmente duras y resistentes. El maestro le quitaba la corteza y lo convertía a formón en un cilindro más o menos regular, de unos cincuenta centímetros de largo y cuarenta de diámetro. Con barrenos lo perforaba de lado a lado a lo largo. Primero usaba una mecha delgada, procurando mantener la perforación completamente paralela al largo del cilindro. Enseguida, con mechas más gruesas, alcanzaba el diámetro adecuado para aceptar, con una holgura mínima, el eje de la rueda.

Para continuar, rebajaba el diámetro del cilindro en sus extremos y los convertía en conos truncados. Tenía un claro efecto estético, pero el propósito era funcional. Debían minimizar el roce entre la masa de cada rueda y los pasadores que asegurarían que ésta no se desplazara a lo largo del eje. Por fin, a formón, calaba agujeros rectangulares en la superficie circular de la pieza, espaciándolos regularmente en los lugares en los que insertaría los rayos de la rueda.

¡La masa estaba completa! El viejo maestro hacía dos de ellas antes de pasar a otras tareas. Ver completos, posados en el piso de tierra del taller, a los elegantes cilindros con sus extremos cónicos truncos y los hondos calados rectangulares sombríos dispuestos rítmicamente en círculo, nunca dejó de emocionarme. Con los años me puedo dar cuenta de que tenía mis primeras experiencias sobrecogedoras con el arte. Samuel Otárola traía a la existencia un universo entero de formas, significados y sugerencias para la imaginación donde antes no había nada.

Seguía la producción de los rayos de las ruedas. Sólidos listones de madera de acacia, de sección rectangular y de ochenta centímetros de largo más o menos, con los extremos formateados para entrar con exactitud en los

calados de la masa, eran elaborados a sierra manual y formón. Cuando el número estaba completo, el viejo artesano pasaba a la producción del aro de las ruedas. Dibujaba sobre gruesos trozos de madera las secciones curvas, con los cortes complementarios entre ellas que permitirían unir las entre sí para producir una circunferencia perfecta, así como los calados espaciados en forma ordenada en los que anclarían los rayos.

Cuando todas las piezas se unían, calzando entre ellas a la perfección, emergía la rueda en su integridad. Como por arte de magia surgía una elocuente realidad nueva en el mundo. Nada estaba aún unido fijamente, ni clavado ni encolado, pero la rueda parada en el suelo, afirmada por el artesano, relumbraba en sí misma, presente y quieta. El viejo y su obra parecían detener el tiempo. El asombro maravillado de estar ahí, presente en ese preciso momento, nunca se me ha ido por completo. Casi setenta años más tarde, el recuerdo es completamente nítido.

El viejo artesano no se quedaba tranquilo. Recuerdo que afirmaba las dos ruedas contra la pared, las superponía parcialmente y se quedaba mirándolas durante largos minutos. Parecía interrogarse a sí mismo. Las ruedas no eran exactamente iguales, no había que ser muy observador para darse cuenta. Que no calzaran a la perfección parecía inquietar a Samuel Otárola. Los ángulos no eran exactamente uniformes, el círculo del aro no era ideal, algunos rayos parecían curvarse levemente, lo que permitía adivinar que había fuerzas y tensiones indebidas en juego. La obra no era perfecta. Quien se daba cuenta con mayor claridad de las particularidades era el mismo artesano, que estudiaba las ruedas agachado, girándolas incesantemente, con la respiración entrecortada convertida en una larga queja. Era evidente que no se hacía ilusiones. Sin embargo, con un paulatino gesto de satisfacción que

reemplazaba la inquietud, de pronto detenía su examen inquisitivo, tomaba distancia de su obra y la apreciaba en silencio.

— Ahora, la llanta — decía, en el ánimo del que sabe que su obra debía ser empaquetada. Es casi lo único que le escuché decir al viejo alguna vez.

Y así era. Con la rueda no quedaba nada más que hacer que instalar las llantas de hierro alrededor de los aros de madera. Habían llegado unos días antes desde la fragua, en la que habían sido forjadas con dimensiones precisas. La instalación se hacía con la ayuda del fuego. Se encendía abundante carbón sobre el suelo de tierra, cubriéndose con éste la pieza metálica. Cuando había enrojado, se ajustaba alrededor del aro de la rueda con la ayuda de tenazas y combos. En cuanto estaba bien calzada se enfriaba con agua para evitar que encendiera y quemara la madera. Como al perder temperatura el hierro encoge, el aro comprimía toda la estructura desde el exterior, articulando el artefacto sólidamente. Sin clavos ni encolado, por la exclusiva fuerza del metal encogido de la llanta, la rueda existía por fin como un ser independiente. Lo que más me dejaba pensando, hasta el día de hoy, era la firmeza indestructible que adquiriría. Nunca, que recuerde, vi una carreta con la llanta desprendida, a pesar del trato demoledor que recibía el carruaje.

Si es verdad lo que sostienen algunos filósofos, que una obra de arte abre un mundo, habría que reconocer las ruedas de Samuel Otárola como obras de arte. Nada más abridor que ellas del mundo de la hacienda ganadera y triguera de los siglos XVIII al XIX de Chile Central. Basta con mirarlas.

¿Cómo sabía el viejo Otárola qué dimensiones darle a su diseño? ¿De qué diámetro la masa central?, ¿qué largo dar

a los rayos?, ¿de qué longitud la circunferencia del aro?, ¿dónde ubicar los calados en ambas piezas para que calzaran entre sí? ¿Cómo conseguía hacer dos ruedas de dimensiones similares? De niño, seguro que no me llamaba la atención. Me parecía obvio. De adulto, me maravillo cuando lo recuerdo. El artesano utilizaba plantillas. La originalidad de su diseño no era tal, copiaba. Traspasaba las formas de plantillas a los trozos de madera informes sobre los que ejercía su trabajo. Daba forma con formas recordadas bien preservadas. Por eso, ahora me lo explico, las carretas del viejo eran todas iguales, lo que me llamaba la atención al compararlas con las de artesanos carroceros de otros lugares. Cada uno guardaba el tesoro de sus propias plantillas, todas un poco diferentes, producidas quizá cuándo y por quién, heredadas, pasadas de mano en mano vaya a saber uno cómo. Esas formas privadas, más sus habilidades manuales, constituían no solo el trabajo de los maestros artesanos, sino quienes en verdad ellos eran.

De estuches de suela gastada, que no siempre llevaba al lugar de trabajo, Samuel Otárola extraía plantillas de madera delgada para darle a su obra todas las dimensiones y características relevantes. Dibujaba con un grueso lápiz de carpintero el borde de las piezas sobre trozos de madera que después cortaba a sierra y calaba a formón. O bien controlaba el diámetro de las masas con plantillas como pinzas que disponían la dimensión adecuada. Era evidente, ahora lo veo con claridad, que protegía sus plantillas como si fueran el secreto más valioso de su profesión. ¡Lo eran! Como las patentes actuales y los derechos de autor...

Me pregunto ahora dónde las había obtenido. De su padre, puedo imaginar, con seguridad un artesano carroceros. ¿Y éste? De su propio padre, otro Otárola carroceros. Y si considero que se trata de un apellido vasco, muy vasco, y la poca movilidad de las personas en el Chile

de esos años, puedo imaginar que hubo un carpintero de Bilbao contratado por José Urrutia Mendiburo, el gran empresario de la época, para trabajar en sus astilleros de Concepción, a fines del siglo XVIII. Calza con los años y es una buena historia. Y lo mejor es que resalta algo que podemos pasar por alto con facilidad: con seguridad las plantillas eran históricamente muy viejas. En el medioevo europeo se producían carretas como las que manufacturaba Samuel Otárola. El Imperio Romano trasportaba sus cargas por tierra en carretas con ruedas como esas. Aseguran que la rueda con rayos la inventaron los asirios. Capaz que sea cierto. Otárola, con sus plantillas, operaba un *cut y paste* con un *drag and drop* de siglos.

Recordando al viejo carroceros pude imaginar mejor lo que me contaron más tarde mis profesores, que en su momento me resultó incomprensible. La creencia de los filósofos griegos que las cosas del mundo son copias de formas abstractas eternas, ideas, que existían antes de ellas, tenía después de todo un cierto asidero. Podía re — conocer el artefacto terminado por Otárola como una rueda debido a su forma copiada de una plantilla previamente existente. Hacía milenios, alguien descubrió en su imaginación una forma que “aterrizó” como una rueda de madera a sierra y formón. Para no perder la forma nunca más, le sacó una plantilla que atesoró con cuidado. Puede ser una manera de pensar curiosa, suponer que hay ideas en las alturas que de pronto caen en las cabezas humanas, pero no tan pasada de moda. Si uso el sinónimo “modelo” —como en modelo económico, p. ej.— para referirme a las formas ideales que la realidad encarna, me puedo dar cuenta de que las plantillas en las alturas están vivitas y coleando. Y entre gente muy inteligente.

Si presto más atención a mis recuerdos puedo ver a Otárola examinando las ruedas completas, con las llantas

de hierro incluidas, apoyadas contra la pared de cal salpicada de peladuras del corredor. Plantillas en mano se afana por comprobar, por comparación, que cada una de las formas clave de su obra sea la correcta. Me llama la atención que, más que asegurarse de que se trata de buenas ruedas mediante la observación de su presencia, o poniéndolas a funcionar, comprueba que se atengan a lo pre formateado en las plantillas. Las formas establecidas mandan, como si ser una rueda se asegurara por la corrección de la copia y no tanto por los artefactos mismos reclinados contra el muro. Quizá sea porque más que su aspecto, es la fidelidad a la plantilla la que asegura su solidez y la duración que puede esperarse de ellas.

Me alucina pensar en la filiación de milenios de las humildes carretas, con formas congeladas en plantillas que seguramente admitieron pequeñas variaciones, innovaciones, se diría hoy, que fueron copiadas en reverso, la famosa ingeniería inversa, en nuevas plantillas que se desperdigaron en el tiempo como herencia de familias y gremios de artesanos. Estas raíces revivía Samuel Otárola en cada uno de sus movimientos y operaciones, en sus instrumentos y, sobre todo, en sus plantillas atesoradas. Y con él se extinguieron. Un nuevo mundo de fórmulas calculadas, de energía eléctrica y de automotores terminó con su profesión de artesano, sus habilidades y sus plantillas. Yo presencié con mis ojos el último aliento de la tradición carrocera. Cuando la edad obligó a Otárola a dejar de trabajar, nadie heredó sus plantillas y nadie cultivó las habilidades que él tenía con la sierra, el formón y el berbiquí para producir ruedas y carretas de madera. Cuando murió, habían llegado los carros metálicos y los camiones.

Escucho mientras escribo la Sonata #16 para piano de Mozart. Su intimidad triste me transporta. Interpreta

Claudio Arrau, con pureza y precisión. También él, como mi maestro artesano, sigue con cuidado las notas registradas en una plantilla musical, en su caso elaborada en el siglo XVIII. Para el pianista, las habilidades requeridas para reproducir la plantilla son lo más difícil de crear, por algo estas no se atesoran sino que se multiplican en forma masiva. Pero la composición sigue siendo atribuida a quien diseñó la plantilla original, no a quienes la ejecutan... aunque se aprecian las particularidades de las habilidades personales de estos.

NO SOLO ARTESANOS

Había un cielo de loza gastada. El frío entumía. Una veintena de trabajadores esperaba en fila desde temprano en el corredor del norte. Los había visto llegar de a uno y esperar inciertos bajo el viejo sauce sin hojas. A pesar de la distancia era fácil darse cuenta de que había algo irresoluto en sus posturas, una ambigüedad en la orientación de los cuerpos, un constante desplazar el peso de una pierna a la otra. Al juntarse tres o cuatro, entraban en ánimo de decisión y caminaban con lentitud por el sendero de maicillo que rodeaba el césped, nuestro lugar de juegos, hacia el corredor. A las once de la mañana habían hecho una fila compacta bajo el alero, apretados contra el muro de adobes pintado de color lechoso. A la distancia, me podía imaginar el olor a lana mojada.

Aunque no los veía con claridad, podía observar perfectamente los solemnes sombreros de rigor. Alones, algunos de fieltro negro, otros de paja descolorida por el sol. La cubierta del alero del corredor no obligaba a sacárselos. Tampoco la presencia mutua; por el contrario. Solo el breve intercambio que tendrían con el patrón en pocos minutos más, lo acometerían con el sombrero en las manos. Descubiertos. También podía dar por vistos los ponchos infaltables. Cortos, cubriendo hasta la cintura, abiertos en un tajo vertical en el cuello, de lana coloreada de gris y café. Algunos que se hacían notar llevaban tobilleras de piel de oveja para protegerse del frío y el sudor de los caballos. En su mayoría llevaban ojotas, no así

los arrieros, que usaban zapatos de huaso. Imagino, hoy, que las camisas de colores opacos eran de lino.

En realidad todos los detalles los puedo reconocer y nombrar solamente hoy. Aunque la memoria es indudable, la modula el lenguaje con más vocabulario de la adultez, capaz de distinguir más que el infantil. Supongo. Imagino que es siempre así. El pasado tal cual fue, exactamente como existió, por necesidad desaparece. El recuerdo es siempre inventado. Como las ojotas que ahora resaltan emitiendo destellos. De etimología quechua, la ojota era un cruce entre el Imperio Inca y la INSA, futura Goodyear. El diseño era ancestral, el caucho, más moderno.

Recuerdo que una amenaza latía en el grupo apilado contra el muro. Todavía puedo sentir en el cuerpo una especie de oscuridad inesperada, un temor inexplicable que me embargó cuando caminé a lo largo del corredor en dirección a la puerta del final. Tuve la sensación de estar en peligro. ¡No necesito inventar eso! Me sacudió el olor a ropa húmeda. A lana azumagada. Lo tengo presente hasta el día de hoy. Quise saludar y sonreír. No pude. Me encontré con frialdad en vez de la amistosa buena voluntad, el trato cercano que acostumbraba a recibir de cada uno de los que ahí estaban cuando me lo encontraba trabajando en el vasto territorio de la hacienda. Me sorprendió la cuidada indiferencia, la actitud sombría, como si no se tratara de mí sino de cumplir ante ellos mismos con algún propósito común. Supongo que esto último lo sobrepongo ahora a mis recuerdos más de verdad. Justo ahora, creo o imagino que pensé, cuando estamos a la misma altura, parados en el mismo suelo. A pie. ¡Ahora!, no cuando me topo contigo y contigo y contigo, todavía hoy puedo ver algunas caras, tú transpirado, regando, conduciendo el agua rebelde con una pala y yo un metro y medio más arriba en mi caballo...

El trayecto por el corredor hasta la puerta fue insoportablemente largo. Cuando llegué a ella procuré abrirla. Estaba cerrada. Golpeé con timidez. Nadie abrió. Sentí miedo de la oscura masa apretada contra el muro que se extendía bajo el ancho alero de tejas. Percibí que comenzaba a cuajar una siniestra concertación. No me puse siquiera en la posibilidad de regresar por el mismo camino que había hecho. Golpeé por segunda vez, y nada. Estuve a punto de huir aterrorizado del corredor, pero sabía que era inadecuado. Golpeé con violencia, y por fin sentí el ruido del pestillo metálico descorriéndose. Me abrieron, pude entrar. Me pareció percibir un cierto apuro por cerrar nuevamente la puerta y correr el pestillo. Quédate aquí, mejor no sales, parece que me dijeron. Me senté en una silla desocupada en un rincón a recuperar aire.

Mi tío y el contador pagaban las remuneraciones mensuales. Por una pequeña ventana que daba al corredor el contable gritaba un nombre. Cuando alguien se acercaba, sombrero en mano, mi tío mantenía con él una conversación en voz alta. Yo entendía algunos términos que se repetían, como derecho a talaje, regalías, uso de hectáreas de tierra, tarja de días trabajados, resultado en dinero, pero no comprendía bien su significado. Hoy día puedo reconstruir que se calculaba el resultado neto en dinero del sistema de prestaciones y contraprestaciones de una economía casi feudal que comenzaba a utilizar el salario. La conversación terminaba con la entrega de la cantidad de dinero resultante. ¿Estamos de acuerdo?, preguntaba mi tío. Sí, patrón, era la respuesta esperada. Enseguida, con la cabeza nuevamente cubierta por el sombrero, el recién pagado salía del alero del corredor y se alejaba con pasos sólidos por el sendero de maicillo en dirección al camino público.

La mañana se hacía larga. El mismo procedimiento se repetía una y otra vez de la misma manera. Aburrido, inmóvil y en silencio, comencé a pensar que el episodio en el corredor no había ocurrido más que en mi imaginación. Lo demostraba la tranquilidad de las conversaciones y la completa ausencia de desacuerdos. Me había asustado de nada. Por un rato me dejé llevar por la pregunta de qué me había ocurrido, hasta que ella también me aburrió. Estaba considerando cómo irme cuando la mirada que el tedio hacía vagar por lugares sin importancia me puso en contacto con la pistola en la repisa bajo la mesa que ocupaba mi tío. Aunque estaba en su cartuchera, parecía estar lista para ser usada. La ansiedad regresó de golpe. Algo potencialmente peligroso ocurría. Efectivamente. Salir al corredor no era una opción. El arma a la mano me atemorizó.

Esa tarde escuché a mi madre reclamar a mi tío por haberme hecho participar en el proceso de pagos. Que no le pareció bien hacerme salir por el corredor lleno, respondió él. Que me vigilaran mejor para que no vagara por la casa en un día de pagos, se quejó. ¿Ocurrió de verdad esta conversación o es un invento mío? No estoy seguro. Y mientras más trato de asegurarme, menos seguro me siento... Sin embargo, el resto de la historia es completamente verídica.

Había armas en la casa. Escopetas de todos los tamaños y rifles de pequeño calibre para cazar liebres, zorros, tórtolas, torcazas y patos. Y había potentes carabinas Winchester, revólveres y pistolas de grueso calibre, cuyo propósito obviamente escapaba a la cacería, sugiriendo viejos peligros no muy olvidados. Los adolescentes de género masculino aprendíamos a disparar siendo muy jóvenes, disponíamos de nuestras propias armas y practicábamos la caza. Las de grueso calibre, en cambio,

eran cuidadas por los adultos. Se las podía encontrar en las repisas altas de los aparadores, sin cargar y enfundadas en sus cartucheras.

Además de la abundante presencia de armas, las casas cerradas por los cuatro costados y los postigos de madera gruesa de las ventanas indicaban también, para quien supiera mirar con atención, que había algo violento latente de lo que había que precaverse. Yo no era parte de esa clase de observadores, por cierto. Daba por natural todo lo que me rodeaba. Sin embargo, parte de esa naturalidad era que, sujetas a la atracción que con seguridad ejerció durante siglos la autonomía mapuche a una caminata larga de distancia hacia el sur, las comunidades originarias de la región debieron ser levantiscas, subordinadas a medias al Estado y la Iglesia, y culturalmente muy mestizas. Durante mucho tiempo, quizá, su obediencia no pudo darse por asegurada.

La hacienda estaba en el territorio que había sido frontera. Desde Curalaba, en 1598, donde un segundo Gobernador de Chile fue muerto en batalla, caso único en la América Española, por lo que sé, la Corona trató de hacerse fuerte inmediatamente al norte del río Bío Bío, abandonando el territorio hasta Valdivia durante el tiempo que duró la colonia. Las comunidades picunche, huilliche y mapuche de la región limítrofe fueron encomendadas al cuidado de la Compañía de Jesús. ¿Cuántos ignacios, javieres y compañías hay en la toponimia de la zona? La frontera fue un lugar de contrabando, abigeato y comercio fronterizo cuyos rastros pueden imaginarse en el Mercado de Chillán, y de mestizaje activo durante generaciones. Después de la expulsión de los jesuitas en 1767, la Corona remató esas tierras, que pasaron a manos de particulares. Urrutia Mendiburu, el armador y comerciante vasco de Concepción, fue uno de los grandes favorecidos. Por arte

de amores, alianzas familiares, contingencias y birlibirloques, mi abuela terminó dueña de un trozo de trozo de trozo de las viejas extensiones jesuitas.

La confrontación de la Corona Española con los Mapuche no fue precisamente una rosca sin importancia. Los españoles la consideraron una guerra formal, la Guerra de Arauco. Es sabido que Felipe II reclamó que en ella perdía un número demasiado grande de los gallardos oficiales forrados en metal que necesitaba desesperadamente para guerrear en Flandes. El territorio de Chile se mantuvo dividido en dos, con la zona entre el río Bio Bio y la ciudad de Valdivia en posesión mapuche hasta fines del Siglo XIX.

Fue la República quien decidió recuperar el mando sobre esa zona y sus habitantes. Un listado de los principales pueblos del lugar, con sus fechas de fundación, me ayuda a percatarme cuán recientes son. Yungay, 1842, El Carmen, 1853, San Ignacio, 1871, Pemuco, 1891, Huépil, 1906. Todos fundados bien entrada la república. Chillán, en cambio, la verdadera capital de la frontera, había sido fundada en 1580. En los márgenes del Bío Bío la Corona construyó fuertes en los primeros años de la conquista, hoy pequeñas ciudades como Tucapel y Yumbel, que fueron arrasados y reconstruidos repetidas veces en los tres siglos de confrontación. Sus locaciones finales se estabilizaron a fines de los ochocientos.

De los poseedores ancestrales de la tierra en el lado norte de la frontera, nunca más se supo. Cuando nací ya no había comunidades ni grupos aborígenes en la región, solamente trabajadores situados y laborando en las haciendas. De la gente de la zona, sin embargo, recibí restos de recuerdos de viejos mundos, aunque quizá con qué raíces. Se temía al pelo vivo, que prosperaba en raudales sombríos. Entraba con facilidad por cualquier poro del cuerpo para llegar al

cerebro. Y al cuero, una especie de vellón de oveja que tentaba con una siesta desplegado en las praderas de berros, para envolver a sus víctimas y ahogarlas en el fondo de ríos y lagunas. Y el peor de todos, el animal del agua. No sé si pehuenche, mapuche o español, el animal del agua constituía el peor desorden ontológico que podía imaginarse. En el agua hay peces, no animales. El animal del agua era la peor abominación, lo inexplicable. No se sabía qué hacer con él. Ahora, considerando la limpieza del mapuche y la fobia al líquido elemento del inmigrante español, se me ocurre que el animal del agua era una pesadilla de origen hispana. Y estaba la pájara, en cierto sentido lo opuesto al animal del agua, un ser vivo de tierra pero no un animal, tampoco un ave. Anomalías extrañas y poco vistas. Cuando hacían su aparición, provocaban tenebrosas conversaciones en voz baja

Cuando todavía era un niño, nuevos miedos a una violencia soterrada, los comunistas, comenzaban a crispar el ambiente. En ese tiempo el término apenas comenzaba a ser oído, cuando menos en mi caso. Era pronunciado en voz sofocada, con un escándalo resignado que me hacía recordar pecados innombrables difíciles de evitar. Cuando se oía hablar de los comunistas la conversación era acompañada de un ánimo desesperanzado desconocido. El comunismo tenía la propiedad de oscurecer el futuro, convirtiéndolo en algo ominoso. Para niños acostumbrados a sentirse completamente seguros en el ambiente libre de los espacios ilimitados de la hacienda, se percibía como una amenaza oscura y terrorífica.

No sé si me resulta posible dar una impresión del horizonte de libertad en el cual nos movíamos. No lo creo. Mil cuadradas cuadradas, más o menos, se pueden recorrer a caballo con dificultad en un día. Cuatro kilómetros del río Diguillín, de aguas rápidas azules llenas de truchas, en uno

de sus límites, al que nadie se sentía con derecho a acceder, quizá lo pinte en alguna medida. Tierras con poca labranza, sistemas de rotación de tres años y muchas pasturas de engorda de vacunos, pueden también ayudar a imaginar los horizontes abiertos que nos rodeaban. Y sobre todo los valles de cordillera al norte del Lago Laja, con arroyos, pampas verdes y pozones de aguas termales a los que subíamos a caballo anualmente, a pesar de nuestra corta edad, a pescar, cazar y gozar de espacios solitarios con vistas impresionantes. No solo nos sentíamos libres y seguros, éramos dueños de derechos ilimitados.

Y, sin embargo, constantemente percibía señas de que algo de fondo no estaba bien. Recuerdo especialmente la visita diaria, al caer la tarde, de los dos capataces a la casa de la hacienda. Don Germain y don Chito, los nombres no se me borran, llegaban a caballo todos los días a dar cuenta de la jornada. El primero estaba a cargo de los trabajos de labranza y regadío, el segundo de la ganadería. Los recibía mi padre o mi tío en un lugar especial del patio. Los dos capataces no se bajaban del caballo. Imagino que eso evitaba la necesidad de hacerlos pasar a la casa, una costumbre de rigor. Eran los únicos que trabajaban montados en la hacienda, exhibiendo a las claras un estatus especial. Recibían el trato respetuoso de don de parte de todos. Lo que no excusaba, sin embargo, la obligación de las largas y pausadas conversaciones diarias de reporte con los patrones, que terminaban entrada la noche. En el verano, a las nueve, más o menos. Cuando los veía irse a sus casas, experimentaba un extraño desasosiego al imaginar el viaje nocturno cotidiano de una hora a caballo. Al día siguiente a las seis de la mañana se los podía encontrar recorriendo las tierras de la hacienda y organizando la jornada laboral diaria. Me consta haberlos visto trabajando las pocas veces que por una razón u otra

me levanté tan temprano.

EL NÚMERO PI

Enrollo la cuerda alrededor de una rueda de bicicleta hasta completar una vuelta exacta y la estiro en el suelo de la terraza de baldosas de la casa de mi abuelo. Después corto otra cuerda del largo del diámetro de la rueda. Observo cuántas veces cabe la segunda cuerda en la primera. El resultado es 3 veces y un resto. Por razones misteriosas, ese resto no es un número exacto sino que es un poco más grande que un décimo. Repito el experimento con la rueda del automóvil de la casa. El resultado es el mismo: 3,10 y un poco más. Respiro agitadamente cuando empiezo a anticipar que el resultado será el mismo al comprobarlo en una mesa redonda. Hasta adonde llega la precisión de mi improvisada cinta de medir, concluyo que el cuento que me habían contado en el colegio, que Pi es un número constante, es verdadero. El recuerdo está completamente presente.

Me pregunto hoy qué me llevó a embarcarme en semejante aventura experimental. Debió ser una suerte de curiosidad por *default* ante el aburrimiento que sentía en la casa de mi abuelo. Definitivamente no era un lugar muy entretenido para mí.

Mis primeras incursiones en la geometría de las circunferencias me permitieron darme cuenta de que Samuel Otárola no sabía nada del número Pi. Ocurrió en un instante de iluminación que evoco con toda claridad hasta el día de hoy. Había aprendido algo que el hábil artesano no sabía, que me permitía explicarme a mí mismo su labor con

una claridad que él no podía tener. Los únicos mapas del viejo eran sus plantillas. Su habilidad más importante, reproducir en madera esas formas con precisión. No era necesario que supiera de números — letra para producir sus obras de arte.

Otárola tenía plena consciencia de que el resultado de su trabajo era imperfecto, por supuesto. Entre las formas de las plantillas y la realidad resultante de las ruedas había siempre una expectativa frustrada, una contradicción imposible de arreglar. Comencé a imaginar que ser un artesano consistía en enfrentar esa tensión una y otra vez, nunca satisfactoriamente por completo. Después de su esfuerzo, el maestro carroceros siempre podía verificar que si bien la rueda encarnaba las formas de las plantillas, siempre las resistía con algo que no estaba en aquellas. Mucho más tarde pude ver que en esa incorrección el mundo manifestaba un carácter inevitablemente bifurcado entre lo ideal y lo real.

Pi fue un hallazgo de proporciones. Tengo recuerdos borrosos, pero trataré de evocar cómo ocurrió el encuentro entre el número y yo. El sonido en lengua griega de la letra P es Pi. Su forma en ese alfabeto es π . ¿Razón?, misterio. En matemáticas Pi se usa para referirse a un número raro, tan raro que no puede escribirse en forma numérica. No dejo de asombrarme hasta el día de hoy. No sé si atribuirlo a una falla de las matemáticas o del mundo, pero algo no está completamente bien. El hecho es que Pi resulta de dividir la longitud de una circunferencia por su diámetro. Lo increíble es que cuando se hace esa operación con todas las circunferencias, cualquier sean sus dimensiones, resulta el mismo número — letra π . Cuando me lo enseñaron y lo entendí, recuerdo que me pareció maravilloso. Y lo es, si se piensa. Pero el número esconde un secreto, o un defecto, según como se mire: le falta algo para ser un número

decente, tanto que se lo considera un número irracional, y no queda más que usar una letra para lidiar con él. Aunque mi profesor de matemáticas no se agitó para nada, y mis compañeros menos, la irracionalidad no es algo que yo esperaba encontrar en un número. Sin embargo, al final ahí estaba la magia, número o nada más que letra, resultaba ser el mismo para todas las ruedas que se podían imaginar. Me sorprendió que con tan poco podía convertirme en experto en ruedas en general.

De hecho, 3,10 no es el valor exacto de Pi. La cinta me alcanzó a mostrar un desajuste, pero no pudo darme una medida precisa. El hecho sorprendente es que Pi repele la exactitud y deja siempre un porfiado resto por más que nos esforcemos por reducirlo a cero. O sea, el diámetro no cabe con exactitud en su circunferencia. Según se sabe, el valor 3,14 es una aproximación de 3, 14159... sin fin... O sea, no se puede escribir como número. De ahí la letra.

Imaginé el diálogo que tendría con Samuel Otárola cuando regresara a la hacienda en las vacaciones que se aproximaban. Le pediría que escogiera un diámetro cualquiera para hacer una rueda, y yo le calcularía en el acto la circunferencia que debería tener la llanta, y si me informaba cuántos rayos quería ponerle, le calcularía de inmediato los lugares precisos donde debía hacer los calados para que encajaran en la llanta y en la masa central. O podíamos comenzar al revés. Él me podía decir qué circunferencia quería darle a su rueda, y yo le indicaría la dimensión que debía tener el diámetro, con los rayos, la masa y demás. No necesito tener una plantilla para cada ocasión, le explicaría en su cara, me basta y sobra con saber el valor de π .

Nada de eso que aprendí en quinto año de colegio, más o menos, le era conocido a Otárola. Lo que me siento seguro

que sabía, por haberlo experimentado con toda seguridad, era que al introducir variaciones arbitrarias en el tamaño de las ruedas y querer escaparse un poco de las dimensiones de sus plantillas, aumentar un poco el radio, tal vez, o agregar un rayo adicional, una monstruosidad insidiosa tomaba posesión del artefacto por completo. Se producían sectores de los aros que no calzaban entre sí y no creaban una circunferencia de rigor, o rayos que quedaban cortos algunos y largos otros. O sea, ruedas que no eran tales. El viejo no sabía que el veneno consistía en la insuficiente racionalidad de π , que no conocía. Se atenía a plantillas que congelaban la solución al problema en una rueda de dimensiones determinadas.

En ese momento, en Santiago, adquirió súbitamente relevancia en mi memoria el hecho que las carretas de las haciendas chillanejas vecinas no eran iguales a las que hacía Otárola, junto con una nueva claridad de por qué eso era así. Un recuerdo que emergió acompañado de una sombría premonición borrosa. Los carroceros usaban plantillas diferentes, las ruedas que producían eran características de cada uno de ellos. Algunas eran más pequeñas, otras tenían menos rayos, en otros casos las masas tenían dimensiones diferentes. El conocimiento de π permitiría producir ruedas de carruajes de las dimensiones que se quisiera. Poco o nada distinguiría a un artesano de otro.

No sé si me di cuenta por completo en ese momento de lo que ahora puedo ver con más claridad. Las mejores respuestas no responden preguntas, sino que cargan con ellas ocultas. Son interrogantes que están a la vista, pero que nadie ve como necesitadas de ser respondidas, hasta que ocurre. Las respuestas preguntan, tanto como las preguntas responden. Amarraditas las dos, emergen desde un lugar que no consiste en preguntas ni respuestas. Algo

de este hecho misterioso debí intuir, porque el número Pi siempre me pareció que tenía dimensiones casi místicas, especialmente cuando se hizo parte de un conjunto infinito de números irracionales. Me percaté de que mirando desde el mundo que contiene números irracionales, emergen respuestas — interrogantes imposibles de imaginar en el mundo racional más reducido. No estoy seguro de si la primera realización que tuve de este hecho estuvo relacionada con la sorpresa que me llevé de repente, debido a π , con la diversidad, escondida plenamente a la vista, de las variadas ruedas de las carretas. Se me ocurre que sí.

Antes de ir al colegio, al igual que Samuel Otárola yo no sospechaba nada de todo esto cuando observaba con arrobo al maestro carrocerero ensimismado en sus labores. Lo que tampoco podía imaginar era que entre el artesano que producía sus carretas y el niño que lo admiraba a un metro de distancia, se abría un barranco descomunal que los dejaría separados por siglos de distancia en un puñado de años. Ambos eran arrastrados por una transformación histórica gigantesca. Un cambio de era que dejaría atrás la hacienda con sus resabios feudales, acabaría con cantidades de artesanos, traería consigo un peculiar capitalismo de estado, ensayaría el socialismo y volvería atrás, podría decirse, a un capitalismo extremadamente liberal en un planeta transformado. Menos mal que el viejo artesano murió antes de que sus habilidades se hicieran humo en el mundo.

La llamada modernidad, que en Europa demoró siglos en instalarse, en Chile ocurrió tardíamente, pero en unas cuantas décadas. Pasó en el curso de mi generación, tronchando biografías, desatando emociones volcánicas y descoyuntando formas de ser e imaginar, habilidades y sensibilidades. Es casi incomprensible que no estemos más

confundidos de lo que estamos, ni más locos. Y ocurrió justo cuando el mundo entraba en un frenesí de transformaciones tecnológicas que nadie sabe adónde conducirán. Muchas personas de mi generación pasaron de perder la fe en Dios como verdad de las verdades, a creer apasionadamente en la verdad positiva de la Ciencia y la Razón, a poner las esperanzas en el Estado Desarrollista, más tarde en el Socialismo, en la Democracia y en el Mercado, más o menos en ese orden. Y nada se hizo con timidez. Con pasión, arrogancia, un temerario espíritu aventurero y dispuestos a hacer correr sangre, “nos lanzamos a vientos, para caer en pantanos sin compasión”, como dice el poeta. Y aquí estamos todavía los que logramos salir del estanque, muchos de los que partimos en un mundo con haciendas y terminamos hoy en la hiper tecnologización actual. Vivos y coleando, pero poco hallados, quizá con alguna ralladura. Y con más de una historia inconfesable metida en el cuerpo.

Nada de eso imaginaba en su momento. En cuanto a π , algunos años más tarde aprendería lo necesario sobre el numerito ese para adentrarme sin temor en el mundo nuevo, con plantillas convertidas en números, conceptos, modelos y ecuaciones.

Π fue una invención, o un descubrimiento, fenomenal. Antes de él la geometría consistía en rectángulos y triángulos, y todas las figuras que pueden armarse con ellos. Casas rectangulares de adobe con techos de tejas de sección triangular, entre otras arquitecturas, que me eran tan familiares. En el colegio aprendí a dibujarlas con exactitud, y calcular con precisión sus longitudes y superficies. La misma exactitud que permitió diseñar templos de planta rectangular y pirámides, y calcular el área de patios, corredores y calzadas cuadrangulares y triangulares. Π permitió diseñar círculos y semicírculos con